

**Toutin Cataldo, Alberto**

*Las huellas del catolicismo en la literatura  
chilena desde 1810 a 1910*

IV Jornadas Diálogos: Literatura, Estética y Teología, 2010  
Facultad de Filosofía y Letras - UCA

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la Institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Toutin Cataldo, Alberto. "Las huellas del catolicismo en la literatura chilena desde 1810 a 1910" [en línea]. Jornadas Diálogos : Literatura, Estética y Teología : Miradas desde el bicentenario : Imaginarios, figuras y poéticas, IV, 12-14 octubre 2010. Universidad Católica Argentina. Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/ponencias/huellas-catolicismo-literatura-chilena.pdf> [Fecha de consulta: ....]

# LAS HUELLAS DEL CATOLICISMO EN LA LITERATURA CHILENA DESDE 1810 A 1910

ALBERTO TOUTIN CATALDO  
(PUC-CHILE – ALALITE)

## 1. Génesis de un proyecto

Un grupo de profesores de las Facultades de Letras –Saide Cortés, Miguel Donoso, Clemens Franken, Jaime Galgani, Roberto Onell–, de Estética –Jaime Blume– y de Teología –Alberto Toutin–, hemos respondido a la convocatoria de la Pastoral de la Pontificia Universidad Católica de Chile en que se invitaba a académicos a pensar la especificidad de nuestra universidad: “Sé lo que debes ser” del año 2007 lo cual ha movido la convicción compartida que una dimensión propia, aunque no exclusiva por cierto, de nuestra Universidad ha de ser el favorecer espacios de reflexión interdisciplinar entre sus académicos. Para que haya investigación con estas características no basta con crear los espacios para ello. También es necesario encontrarse profesores de diversas disciplinas, frecuentarnos e interesarnos por las áreas de saber de los otros colegas. Todo ello, hoy día, con una aguda conciencia de la particularidad y relatividad de nuestro saber y de nuestras competencias específicas. Es desde dentro de la parcialidad relativa de nuestras disciplinas que experimentamos la necesidad del encuentro con el otro, del matiz que aporta su mirada.

Otra dimensión que creemos ha de caracterizar la especificidad de nuestra casa de estudios es su contribución como Universidad Católica al debate cultural en Chile hoy. Se trata de hacer un aporte reflexivo a los temas gravitantes de nuestro país. Esto lo hacemos desde la responsabilidad social que incumbe a nuestro quehacer y con el sentido propositivo que conlleva la tarea evangelizadora. En efecto, la Buena Noticia de Jesús invita a crecer en la inteligencia que tengamos de ella, así como de su potencial salvífico y humanizador, en la medida en que estamos dispuestos a compartirla y a recibirla también de todos los actores que están involucrados en la construcción de la sociedad. Lo queremos hacer como una voz –entre muchas otras–, siendo nuestra única pretensión la de contribuir al enriquecimiento del debate público de nuestro país. La oportunidad nos fue dada también por el llamado que hizo la Conferencia Episcopal de Chile en que invitaba a los distintos actores sociales a ser constructores del país que queremos en la perspectiva de la celebración del Bicentenario de nuestra Independencia. Los obispos invitaban entonces a los intelectuales y educadores a contribuir con sus capacidades, con sus inquietudes y su formación a “influir en la configuración de la mente de sus pueblos” y, de manera específica se llama a las Escuelas y Universidades Católicas a “promover el diálogo fe-cultura, ayudando así a inculturar el evangelio”.<sup>1</sup>

Estas dos perspectivas que caracterizan lo que debe ser nuestra Universidad –su trabajo interdisciplinar y el aporte de este trabajo al debate público– convergieron en la posibilidad de delimitar y explorar un espacio común de investigación: la literatura chilena desde 1810

<sup>1</sup> CONFERENCIA EPISCOPAL DE CHILE, *En Camino al Bicentenario*. Septiembre 2004, n° 30-31.

a nuestros días. Nos pareció importante compartir nuestras experticias, epistemologías y metodologías de trabajo y ponerlas al servicio del permanente discernimiento de las huellas o la impronta del cristianismo en la configuración del “alma de Chile”. Somos conscientes de que el diálogo entre el cristianismo y la cultura no se da entre dos campos estancos, por un lado, cristianismo y por otro lado, la cultura. El propio cristianismo, desde sus orígenes, ya nos viene mediado en una cultura concreta –judía y griega– y está llamado a penetrar desde dentro las distintas culturas en donde es proclamado y recibido. Por otra parte, el “alma de Chile” no es posible sondearla independiente de sus mediaciones de expresión, de representaciones y de valores, en donde esta alma toma cuerpo cultural. A modo de un discernimiento queremos sondear los rasgos del alma de Chile, privilegiando una de sus mediaciones, la literatura. Gracias a esta mediación el alma de nuestro país es configurada y acrisolada en el tiempo. A este respecto, ya en los albores de la Independencia de Chile, fray Camilo Henríquez (1769-1825), fundador y primer redactor del primer periódico de Chile, *La Aurora* (1812), se lamentaba de los inadecuados y atrasados planes de estudio de las escuelas y auguraba el progresivo desarrollo del pensamiento filosófico, político y, especialmente literario para la formación de la conciencia del pueblo chileno:

Es cierto que la razón se adelanta y desenvuelve en los pueblos con lentitud, que las letras tienen su infancia, que las facultades de la imaginación se perfeccionan antes que las del pensamiento, observación y cálculo, y que la sana política y la buena legislación son el último resultado de nuestras reflexiones. Feliz el pueblo que tiene poetas, a los poetas seguirán los filósofos, a los filósofos, los políticos profundos. Desventurado el pueblo donde estén en sopor continuo y letárgico la imaginación y el pensamiento.<sup>2</sup>

Un *desideratum*, de una rara actualidad, y que permanece todavía como una tarea, en más de un sentido, pendiente. Algunos años después, el intelectual liberal José Victorino Lastarria (1817-1888), en su discurso inaugural de la Sociedad Chilena de Literatura (1842), hace suyas las ideas de la Ilustración francesa acerca de la responsabilidad cultural que incumbe a la literatura, en cuanto expresión reveladora de los pueblos, de sus necesidades morales, ideas, pasiones, gustos, opiniones, religión y preocupaciones. Aspira a que con la creación de esta Sociedad Literaria, se pueda contribuir decisivamente a la creación de una literatura chilena, que sea un fiel reflejo de las diferentes sensibilidades que hay en Chile y no solo de sus élites. En ese programa, los signos en que se reconocería el nacimiento de una literatura chilena serían “en que tenga vida propia, en que sea peculiar del pueblo que la posee, conservando fielmente la estampa de su carácter, de ese carácter que se producirá tanto mejor mientras más popular”.<sup>3</sup>

Teniendo estos antecedentes e intereses de investigación formulamos la siguiente pregunta de trabajo: ¿de qué manera el catolicismo –como síntesis cultural con sus símbolos, representaciones, instituciones y valores– contribuye a configurar el alma de Chile, nuestra identidad nacional? Tradujimos esta pregunta en la siguiente hipótesis de trabajo: la presencia de la Iglesia Católica en Chile –en cuanto institución– ha permeado con sus valores, símbolos, representaciones y normas, el conjunto de la vida social, política, económica, religiosa y cultural del país. Si es así, la Iglesia Católica ha jugado un rol matricial de formación del pueblo y luego de la nación y de la institucionalidad de nuestro país. Las letras chilenas y sus autores han sido formados en esta matriz cultural. Queremos, por

<sup>2</sup> FRAY CAMILO HENRÍQUEZ, “De la Influencia de los escritos luminosos sobre la suerte de la humanidad”, *La Aurora*, tomo I, número 13 (7 de mayo de 1812) en CAMILO HENRÍQUEZ, *Antología* [Edición al cuidado de Raúl Silva Castro], Santiago, Andrés Bello, 1970, 111.

<sup>3</sup> JOSÉ VICTORINO LASTARRIA, “Discurso inaugural de la Sociedad Literaria”, en *Obras completas de don J. V. Lastarria*, vol X, 135.

tanto, explorar y sacar a la luz la influencia del catolicismo, mediado eclesialmente, en la gestación y producción de literatura nacional, y señalar también cómo esta literatura ha contribuido a la formación del espacio cultural, llamado Chile y en él, de un catolicismo con rasgos específicos.

## 2. Delimitación del campo de estudio

Nuestro proyecto de investigación se divide en tres partes que apuntan a cubrir –evidentemente no de manera exhaustiva– la literatura producida en Chile desde 1810 hasta nuestros días. En esta primera parte, nos hemos abocado al análisis de obras de van desde 1840 a 1910. Hemos hecho esta primera delimitación dejando fuera el período anterior a 1840, en parte porque las obras literarias de esta época son escasas, aisladas y de poco valor literario. Y en parte, dicha escasez se debió al hecho de que la tarea mayor a la que se abocan intelectuales chilenos en este período es la construcción de la institucionalidad del nuevo país independiente. Y, esta primera parte culmina con la figura y la obra de Augusto D’Halmar pues corresponde a una figura de transición entre el positivismo naturalista de la segunda mitad del siglo XIX y el modernismo literario en Chile de los albores del siglo XX. Además en este autor emerge una figura nueva, la del escritor, consagrado por entero a la actividad literaria, independiente del quehacer política o de la actividad periodística a la que hasta entonces estaba estrechamente unida. Con Augusto D’Halmar se cristaliza un proceso de “fragmentación de la república de las letras” y consecuentemente la progresiva independencia económica, social y profesional de la vocación de los escritores literarios.<sup>4</sup> Se trata entonces de una figura- bisagra con que culmina un proceso cultural, político y económico y que desemboca en la autonomización –por cierto relativa– del oficio literario y que, por su apertura a otros horizontes culturales (indio, nipón), introduce nuevas sensibilidades al *éthos* cultural chileno.

Los autores y obras de este primer período 1810-1910 son:

- Una alegoría del Chile decimonónico desde una perspectiva liberal y anticlerical: La novela *Don Guillermo* (1860), de José Victorino Lastarria (1817-1888)
- Moralidad político-social en *Martín Rivas* (1862), de Alberto Blest Gana (1830-1920)
- Atavismo de la sangre y religiosidad alienada en *Casa grande* (1908), de Luis Orrego Luco (1866-1948).
- La religión cuestionada en la obra de Augusto D’Halmar (1882-1950).
- Identidad y cristianismo. La nostalgia del deseo en una antología de poesía chilena del siglo XIX.

En el segundo período de 1910 a 1960 recogemos algunas expresiones de la producción literaria que surge con motivo de la celebración el primer centenario de la independencia de Chile. A partir de 1910 en adelante corresponde al surgimiento de las vanguardias literarias que van a marcar las letras chilenas de la primera mitad del siglo XX. Los autores de este segundo período son:

- Sobre vuelos y metáforas religiosas en *Alsino* (1920), de Pedro Prado (1886-1952)
- La expresión de lo religioso en la poesía de Gabriela Mistral (1889-1957)
- La religiosidad de Pablo de Rokha (1894-1968) en su poema *Jesucristo* (1930-33).
- La visión del más allá en *La amortajada* (1938), de María Luisa Bombal (1910-1980)

<sup>4</sup> Cf. JULIO RAMOS, *Divergent Modernities. Culture and Politics in Nineteenth-Century Latin America*, Durham-Londres, Duke University Presse, 2001, 41-73.

- La irreverencia en *Los sermones y prédicas del Cristo de Elqui* (1977) y *Nuevos sermones* (1979) de Nicanor Parra (1914-)

El tercer período va desde 1960 hasta nuestros días. Un período que implica la irrupción de un nuevo paradigma epistemológico y cultural que tendrá influencia en la producción literaria en nuestro país: la mentalidad restaurativa que siguió a la Segunda Guerra Mundial es reemplazada por una postura más crítica, emancipadora y antiautoritaria; Hay también una creciente influencia de corrientes sociológicas (neo-) marxistas y (neo-) positivistas que se vuelven paradigmas hegemónicos de comprensión de la realidad social. También desde el punto eclesial los años 60 están marcados por la realización del Concilio Vaticano II (1962-1965) que operan una *aggiornamento* fundamental en la autoconciencia de la Iglesia y de su relación con el mundo: ella se entiende como servidora de los hombres y en el mundo y no encerrada en bastiones y contra el mundo. Todo ello tendrá su impacto en nuestro continente con el surgimiento de un pensamiento teológico propio como es la Teología de la Liberación que presta una atención privilegiada a los pobres como sujetos colaboradores con la liberación que Dios ofrece. La literatura no estuvo al margen de estos movimientos culturales sino aún más, jugó un rol profético en la medida en que anticipó una toma de conciencia cultural y eclesial: es la literatura de los años 50 que da la palabra a los pobres y los presenta con su potencial emancipador. Baste recordar la obra *Hijo de hombre* (1961) del escritor paraguayo Augusto Roa Bastos (1917-2005) y en nuestro país la obra narrativa de Manuel Rojas (1896-1973): *Hijo de ladrón* (1951), *Mejor que el vino* (1958), *Punta de rieles* (1960) entre otros.

En el período que va de 1960 a nuestros días los autores estudiados son:

- La búsqueda de lo absoluto en un ‘místico turbulento’ en la obra poética de Gonzalo Rojas.
- Lenguaje, muerte y trascendencia en el poemario póstumo de *Diario de muerte* (1989) de Enrique Lihn (1929-1988).
- Poesía y muerte en la obra de Armando Uribe (1933).
- Ardor del decir: huellas cristianas en la poesía de Óscar Hahn (1938).
- Las figuras crísticas en la novela *El compadre* (1967) de Carlos Droguett (1912-1996).
- Una figura infernal en la novela *Un lugar sin límites* (1966), de José Donoso (1924-1996)
- “La imagen de la Iglesia Católica y de sus sacerdotes en la novela policial chilena actual”, en Ramón Díaz Eterovic (1956), Sergio Gómez (1962), Alejandra Rojas (1958) y Marcela Serrano (1961).

### 3. A modo de síntesis

Recapitulando el camino recorrido, ofrecemos algunas reflexiones de síntesis y formulamos algunas preguntas que surgen de cada uno de los períodos estudiados sobre la relación entre el catolicismo y la literatura

#### 3.1. Respecto del primer período que va desde 1910 hasta 1960

En primer lugar, señalar el carácter mimético que posee la literatura de gran parte del siglo XIX, hasta los albores del siglo XX. Entendemos por mimético, no solo el reflejo ficcional de la realidad social, cultural, política y religiosa en la que se sitúan los autores sino también su capacidad de sacar a la luz, aspectos subterráneos y no dichos de esa misma realidad. Los conflictos entre los bandos liberales y conservadores en *Don Guillermo*, o entre la oligarquía burguesa y capitalina y la mesocracia emprendedora y provinciana en *Martín*

*Rivas*, las taras sociales y hereditarias y las aspiraciones de la libertad en *Casa grande*, dicen de la capacidad de la literatura, por su fuerza mimética, de hacer de caja de resonancia de los grandes conflictos sociales que atraviesan a la sociedad. Como hemos visto, estos conflictos se van interiorizando en el sujeto, a medida que nos asomamos al siglo XX. En las primeras obras estudiadas, se describen anhelos latentes y pujantes de movilidad, incluso de trasgresión social del orden establecido, como es el caso del joven y emprendedor Martín Rivas que se enamora de Leonor Encina. Nos encontramos en un estadio en que la literatura describe una trasgresión social todavía normada pues bajo el ropaje de dicho amorío se describe a un grupo instalado en sus privilegios y, que careciendo de las virtudes que puedan asegurarle la permanencia en esta posición, integra por asimilación a elementos de extracción social inferior. Dentro de esta transgresión normada, el rol de lo católico es el de una matriz cultural central que instituye de manera hegemónica, las representaciones, los símbolos y los valores de lo religioso. Ello se verifica en la religión que aparece ya sea como un factor legitimador de las opciones políticas conservadoras del punto de vista social de la oligarquía, o bien como un factor de alienación del ser humano respecto a sus posibilidades reales de libertad. Lo dicho anteriormente se da todavía de un *ethos* social en donde el catolicismo sigue teniendo un rol preponderante y formador del espacio cultural, llamado nación chilena, sin que las críticas que se le dirigen puedan plasmarse en una nueva religiosidad alternativa, con otros símbolos, valores y representaciones. Una continuación de nuestro trabajo tendría que responder a la pregunta de si lo católico, como matriz cultural juega todavía un rol legitimador del orden social establecido o contiene en él mismo un potencial transgresor de ese orden.

En segundo lugar, la creciente autonomización económica del oficio-vocación de escritor, con la consiguiente toma de distancia de las afiliaciones políticas, sociales y religiosas del medio al que estos escritores pertenecen, coincide también con una progresiva independencia de estos autores de la matriz cultural católica. Esta independencia religiosa, acentuada por la asimilación literaria de los movimientos naturalista, exotista y modernista, posibilita la liberación de la fantasía ficcional, emancipándola de la tutela cultural hegemónica de la Iglesia Católica. Lo religioso transita ahora en nuevos espacios, en la inmanencia del *seculum*. Este proceso queda de manifiesto en el itinerario espiritual que describen las obras literarias de Augusto D'Halmar. Lo católico no solo se encuentra confrontado a otras formas religiosas como el budismo y el hinduismo sino también a situaciones inéditas del ser humano y consecuentemente a nuevas preguntas y búsquedas. El ser humano debe asumir el *dur désir de durer* (Paul Éluard), lejos del mundo divino, recorriendo solo los abismos de la existencia humana. Esta inmanentización secularizadora y existencial de lo religioso-católico, conlleva cierto una cierta desconstrucción de las bases sociales, simbólicas y valóricas sobre las que se ha asentado el *ethos* católico: Pero al mismo tiempo, echa las bases de una reconfiguración de lo religioso, un nuevo *ethos* de cuño más subjetivo-personal y menos social, más desde abajo –desde lo inmanente, la naturaleza, la historia– que desde arriba, lo celestial, lo eterno. Surgen entonces las preguntas: ¿De qué manera esta literatura permite la irrupción de nuevos actores o sujetos sociales hasta entonces silenciados en el espacio social de la nación chilena? ¿De qué manera ésta literatura es un espacio de reconfiguración de un nuevo *ethos* religioso, alimentándose del *ethos* católico y a la vez, transfigurándolo, trasgrediéndolo o incluso negándolo?

En tercer lugar, el género lírico del fin de siglo XIX y de comienzos del XX, aparece como el espacio más transparente a la emergencia de una nueva sensibilidad religiosa. El nosotros del espacio cultural, llamado nación chilena adviene a una nueva conciencia en la forma de las distintas voces que conforman el yo sinfónico o coral. Se trata de un yo atenuado entre el sentimiento de orfandad con autosuficiencia, el ser vulnerable y grandilocuente por su centralidad en el cosmos, rebelde y trasgresor y a la vez desamparado, anhelante de encuentro y de comunicación, toda vez que herido por su narcisismo que lo repliega sobre sí mismo. Ello comporta también una nueva reconfiguración de lo religioso, marcado menos por una pertenencia confesional e institucional y más por una nueva búsqueda anclada en el

sujeto: una errancia, desde la inmanencia secularizada, del aquí y ahora, a menudo, fatigosa y tortuosa de un yo vulnerable y quebradizo, abandonado por los dioses, y amenazado por la finitud, la muerte y la nada. De donde emerge un nuevo paradigma o sujeto religioso que configura su experiencia religiosa desde la herida abierta de su deseo y que toma la forma de una no-fe (convencional) deseante. Desde esta experiencia, “Dios” es percibido como distante y lejano del devenir humano, su presencia es denotada o a lo más perceptible por su sombra proyectada en el vacío e inanidad que amenaza a la existencia humana. Respecto a Jesús, en el mejor de los casos, permanece como la instancia mediadora entre las búsquedas vacilantes del ser humano por un sentido que resista a los embates del sin-sentido de la muerte y la realidad enigmática de un Dios que, en Jesús, se vuelve hacia una humanidad que se percibe desamparada y abandonada. ¿De qué manera la poesía de la primera mitad del siglo XX sienta las bases para nuevas expresiones de lo religioso, que en parte se alimenten del *ethos* católico y en parte, lo arraiguen en una nueva experiencia de mundo, más fragmentaria y en donde el yo se muestre en sintonía con los ritmos del cosmos, con las dimensiones oníricas, pulsionales e inconscientes y abierto a los otros? ¿De qué manera las distintas voces del hablante poético vehiculan la memoria de aspectos olvidados o reprimidos por el nuevo *ethos* cultural secular que emerge?

### 3.2. *Respecto del período 1910-1960*

Los autores estudiados en este período muestran una creciente consciencia de la historicidad y finitud constitutiva de lo humano. Esta consciencia todavía no actúa como un límite infranqueable ni como una prueba de fuego para las posibilidades de expresión del lenguaje. Es así como María Luisa Bombal, en un esfuerzo de imaginación creadora solo comparable al de Juan Rulfo en *Pedro Páramo*, instala a su protagonista, Ana María, en la condición de amortajada. Ella es testigo de los que vienen a llorar su muerte mientras que recapitula su vida entera a la luz de su progresivo ir muriendo. Situada desde esta óptica, recibe nuevas impresiones de la “misteriosa carne de los muertos”, se vincula de manera más “carnal” con la naturaleza, desata progresivamente los nudos que la atan todavía al reino de los vivos:

*¿Era preciso morir para saber ciertas cosas? Ahora comprende también que en el corazón y en los sentidos de aquel hombre ella había hincado sus raíces; que jamás, aunque a menudo lo pensara, fue realmente olvidada.*

De haberlo sabido antes, muchas noches, desvelada, no habría encendido la luz para dar vueltas las hojas de un libro cualquiera, procurando atajar una oleada de recuerdo. Y no habría evitado tampoco ciertos rincones del parque, ciertas soledades, ciertas músicas. Ni temido el primer soplo de ciertas primaveras demasiado cálidas.

*¡Ay, Dios mío. Dios mío! ¿Es preciso morir para saber?<sup>5</sup>*

Solo entonces puede ir encaminándose hacia la segunda muerte, ya liberada de sus nudos afectivos y relacionales que la atan a este mundo. Para abrirse a esta nueva vida, la protagonista desearía permanecer crucificada a la tierra. El camino de trascendencia para la Bombal es descendente, hacia lo telúrico-humanizado. El vínculo nuevo del cuerpo con la tierra le permite pregonar los anhelos de eternidad que impulsaron su vida y sentir en carne propia las palpitaciones del universo. En cambio, el camino de trascendencia de *Alsino* es ascendente, apoyándose en la metáfora del vuelo, tanto hacia lo alto como hacia el interior. De la jorobada espalda de *Alsino* empiezan a surgir un par de alas. Así como el “ir muriendo” per-

<sup>5</sup> MARÍA LUISA BOMBAL, *La amortajada* (1938), Barcelona, Seix Barral, 2005, 112-113. El destacado es nuestro.

mite a Ana María conectarse con las fuerzas primordiales y sagradas de la vida, para Alsino el vuelo lo conecta con lo sagrado/divino que habita en cada una de las cosas: La lluvia, una suerte de bautismo natural<sup>6</sup>, la comunicación con los animales portadores de un extraño saber olvidado por el ser humano,<sup>7</sup> al mar lo llama “padre” pues al reflejar en sus aguas el cielo recuerda a Dios.<sup>8</sup> En ambos autores hay una inclinación hacia un panteísmo o divinización de la naturaleza, denunciando de este modo, un cristianismo antropocéntrico que ha dejado en la sombra su dimensión cosmológica o creacional. Son unos verdaderos ecoteólogos *avant l’heure*. Eternidad que integra lo sensible y lo intelectual, lo corpóreo y lo espiritual, lo individual y lo cósmico, tomando así distancia de imaginarios religiosos católicos dualistas y desintegradores de estas dimensiones.

En nexos con el tema de la finitud y su impacto en la corporeidad humana emerge un segundo núcleo temático de este período: es el atractivo de la figura de Jesús. Este atractivo se instala en una brecha, en que por un lado, toma distancia crítica de las formas eclesiales de presentación de esta figura –que insiste en su carácter divino-celeste, omnipotente, de cuño intimista y espiritual– y, por otro, resalta los aspectos olvidados de esta figura –como su entrañable humanidad, su vulnerabilidad, su corporeidad, su talante profético-social–. Este atractivo por la persona de Jesús ya no está necesariamente vinculada con la confesión de los autores ni por su pertenencia eclesial sino que surge de una tenaz presencia, a veces dolorosa, de una pasión cenicienta y todavía fulgurante, o incluso como una herida lacerante que no cicatriza, o un cadáver que no termina de morir en el recuerdo– el cadáver de Dios dentro del ateo<sup>9</sup>– escribía con ardor el poeta Pablo de Rohka. Además la fascinación que produce la figura de Jesús brota de la radical coherencia que se percibe entre su vida y su pensar y actuar. En él, no hay compromisos que entibien o comprometan la verdad que se identifica con él. “Ser la verdad no es poseer la verdad, ser la verdad es verificarla; Jesucristo era la verdad”.<sup>10</sup>

Esta misma fascinación la vemos en Nicanor Parra, para quien la figura de Cristo es desritualizada o desacralizada no para banalizarla sino para destacar su condición humana, local, humilde y desprovista de ínfulas: “soy un hijo que sabe lo que es madre / soy un soldado raso más humilde que el yuyo / más sufrido que el tiuque / más chileno que el mote con huesillos”.<sup>11</sup> Esta acentuación de la humanidad de Jesús responde tanto al proyecto estético de la anti-poesía de Parra que busca desmontar los discursos y cánones establecidos mediante la trasgresión de sus normas de construcción y de validación, trasgresión cuyos instrumentos mayores son la parodia y el humor.<sup>12</sup> Este proyecto estético es indisoluble del pensamiento del mismo autor, en sus alcances antropológicos –“Nosotros ya no nos interesamos en la literatura por la literatura, sino que en la literatura por el hombre [...] nada de lo que es humano puede serle extraño al poeta”–<sup>13</sup> y teológicos en vistas de recuperar la realidad cotidiana como espacio de encuentro con las huellas del Dios vivo. El Dios vivo integra en sí la perplejidad y la impotencia que experimenta el ser humano ante su propia condición, en especial ante el mal que padece o del que es testigo vulnerable. Es lo que vemos en el poema “Padre Nuestro que estás en el cielo”:

<sup>6</sup> PEDRO PRADO, *Alsino*, Santiago, Nascimento, 1959, 113.

<sup>7</sup> Id., 250

<sup>8</sup> Id., 95-95.

<sup>9</sup> PABLO DE ROHKA, *El amigo de piedra*, Santiago, Nascimento, 1970, 75.

<sup>10</sup> Id., 86.

<sup>11</sup> NICANOR PARRA, *Sermones y prédicas del Cristo de Elqui*, 1970, 27.

<sup>12</sup> Algunos ejemplos:

¿EL MUNDO ACTUAL?

¡EL inMUNDO ACTUAL!

<sup>13</sup> LEONIDAS MORALES, “Nicanor Parra”. Nicanor Parra. SISIB y Facultad de Filosofía y Humanidades –Universidad de Chile, 08-07-08 [www.nicanorparra.uchile.cl/biografia/index.htm](http://www.nicanorparra.uchile.cl/biografia/index.htm), 97-98.

Padre nuestro que estás en el cielo  
 lleno de toda clase de problemas  
 con el ceño fruncido  
 como si fueras un hombre vulgar y corriente  
 no pienses más en nosotros  
 Comprendemos que sufres  
 porque no puedes arreglar las cosas.  
 Sabemos que el Demonio no te deja tranquilo  
 destruyendo lo que tú construyes  
 El se ríe de ti  
 pero nosotros lloramos contigo:  
 no te preocupes de sus risas diabólicas.  
 Padre nuestro que estás donde estás  
 rodeado de ángeles desleales  
 Sinceramente no sufras más por nosotros  
 Tienes que darte cuenta  
 de que los dioses no son infalibles  
 y que nosotros perdonamos todo.

La inversión de la imagen de Dios, todopoderosa, omnisciente por un Dios que padece y por el cual el hombre se conduele de él, por su dolor, resulta una aguda provocación a repensar el compromiso de Dios con el devenir del ser humano; un repensar que se nutre de las categorías histórico-existenciales del Dios de la Biblia y que desde lo que Él hace-por-la-humanidad elabora una ontología económica que le sea adecuada: Él es lo que hace por nosotros.

### 3.3. *Respecto del período de 1960 a nuestros días*

La producción literaria de este período se caracteriza por ser, de una manera u otra, un hacerse cargo de los puntos suspensivos que enmarcan el verso del poema *Nada* del literato chileno Carlos Pezoa Véliz (1879-1908), publicada en su obra póstuma, *Alma de Chile* (1911 edición y recopilación a cargo de Ernesto Montenegro):

...Tras la paletada  
 Nadie dijo nada, nadie dijo nada...

Es la cuestión de la existencia tendida entre el doble abismo de la nada –al origen y al final del peregrinar por las ruta del tiempo–. Asombro, angustia, resignación, rebeldía, espanto, etc., son algunos de los sentimientos que tiñen esta toma de conciencia.

[...], pero el pobre  
 Hombre nace y muere solo  
 Con su soledad y su demencia  
 Natural en el bosque  
 Donde no cabe la piedad ni el hacha.<sup>14</sup>

La muerte aparece como el obstáculo insoslayable, fatídico contra el cual se estre-lla el anhelo de vida, de infinitud, de encuentro duradero que pone en movimiento las

<sup>14</sup> GONZALO ROJAS, "Heterodoxia" en *Del relámpago*, México, FCE, 1984, 195.

mejores energías y empeños humanos. Esta conciencia de la finitud –que de hecho ha estado omnipresente en la literatura chilena del siglo XX– se vuelve más aterradora por la capacidad de maldad que cohabita en el corazón humano. Dicha capacidad mortífera o *thanatica* se expresa en el desastre nuclear,<sup>15</sup> en las situaciones infernales, lugares sin límites y sin salida ni redención esperables que los mismos seres humanos construimos aquí y ahora.<sup>16</sup>

La creación literaria de este período busca explorar hasta el límite de su capacidad, lo que podría haber tras los puntos suspensivos que anteceden a la vida y siguen a la muerte –retomando la sintaxis del poema de Pezoa Véliz–. Esta exploración da un nuevo peso a la palabra creadora que conlleva en sí misma la imposibilidad de hablar desde la muerte sino, en el mejor de los casos, sobre la muerte. Al mismo tiempo, el mismo gesto del poetizar o literaturizar sobre esta experiencia límite es ya una forma de exorcizar el poder ultimador de la muerte misma. “No hay nombre en la zona muda” allí donde impera “esa tremenda devoradora”, la “bestia tufosa” de la muerte.<sup>17</sup>

Uno de los tópicos de este período es una suerte de inmanentización de la esperanza. Existe una dificultad para abrirse a la posibilidad de una vida plena, posmortem. No es que no se la anhele ni se la atisbe aquí y ahora sino que hay un pudor respecto de su posibilidad misma. En el mejor de los casos esta imposibilidad se vuelve una pregunta dirigida, desde el más acá de la finitud a un tú: “Desde el fondo del hoyo a Ti Señor te llamo / hasta cuándo! hasta cuándo ¿hasta cuándo? Dime, Señor ¿qué te has figurado?”<sup>18</sup> O más confiadamente en una oración, en donde el poeta apostrofa al Señor para que vuelva su mirada y lea sus versos balbuceantes. El Señor se vuelve entonces el lector que puede llevar a plenitud el trabajo inacabado del creador/escritor: “Con tu ayuda saldrían universos / de palabras preñadas [...] dónales lo que tengas que donarles: / y la vida que yo no supe darles / dásela tú, Señor, con tu lectura”.<sup>19</sup>

Sin embargo la corporeidad y especialmente la relación erótica se vuelven un lugar en donde se conserva y atisba un anhelo de trascendencia al cuerpo amado del otro. Es lo que expresa Armando Uribe por la muerte de Cecilia, su esposa:

Muero de amor por una muerta  
divinidad humanizada  
por mí, que ahora yace yerta.  
Me quiere no me quiere nada.  
La quiero aunque sea esqueleto  
con la carroña alrededor.  
A sus pies seré roedor  
puñado de cenizas feto.<sup>20</sup>

O como lo expresa Gonzalo Rojas en el poema “Cítara mía”

Cítara mía, hermosa  
muchacha tantas veces gozada en mis festines  
carnales y frutales, cantemos hoy para los ángeles,  
toquemos para Dios este arrebatado velocísimo,  
desnudémosnos ya, metámosnos adentro

<sup>15</sup> ÓSCAR HAHN, *Imágenes nucleares en Arte de Morir*, Santiago, LOM, 2000 (1977).

<sup>16</sup> JOSÉ DONOSO, *El Lugar sin límites*, Santiago, Alfaguara, 2006 (1966).

<sup>17</sup> ENRIQUE LIHN, *Diario de muerte*, Santiago, Editorial Universitaria, 13.

<sup>18</sup> ARMANDO URIBE, *Por ser vos quien sois*, Santiago, Editorial Universitaria, 1989, 47.

<sup>19</sup> ÓSCAR HAHN, “Lee Señor mis versos defectuosos” en *Versos robados*, Santiago, LOM, 2004 (1977), 55.

<sup>20</sup> ARMANDO URIBE, *Verso bruto*, Santiago, Be-Uve-dráis, 2002, 151.

del beso más furioso,  
 porque el cielo nos mira y se complace  
 en nuestra libertad de animales desnudos.<sup>21</sup>

Este poema trasunta una mística de la trascendencia que surge desde la inmanencia del darse y entregarse mutuamente de los amantes. En filigrana se inscribe además una teología cuando el poeta alude a la mirada complaciente del cielo sobre los cuerpos de los amantes. Un cielo para el que la donación de los cuerpos no le es indiferente. El amor erótico, el encuentro de los cuerpos se vuelve un espacio liminal por el que se puede transitar, sin abandonar en aquí y ahora, hacia lo definitivo-relacional, lo perenne-histórico. Es lo que exclama Yolanda, en la novela *El compadre*, cuando Ramón Neira, su protagonista, la estrecha entre sus brazos caminando por la calles de Santiago:

—Quiere meterse en mí, casi, casi ya está dentro de mí, tengo la cadera adolorida y hecha pedazos, tal vez quiere usted [*sic*] abrir una puerta, pues bien yo no soy una puerta —y se río y se quedó seria, pensando que tal vez había dicho demasiado y que sí había, en realidad, una puerta, ella, con sus palabras imprudentes, la había entreabierto.<sup>22</sup>

Así el encuentro humano se vuelve una puerta por donde la trascendencia puede abrirse paso en los más cotidianos y el ser humano atisbar un más allá, aquende los cuerpos.

Un último aspecto, entre muchos que podríamos enumerar, dice relación con la presencia de la institución eclesial. En la mayoría de los casos, los autores expresan su distancia crítica frente a la iglesia católica, sobre todo, respecto a su rol tutelar en el orden de las creencias, del saber y de los valores y de la moral individual y colectiva. No es que los escritores postulen una existencia humana auténtica al margen de la creencia o de la moral, solo que el discurso eclesial católico sobre la muerte, el placer, el cuerpo, aparece desfasado respecto de la vivencia real de las personas y sin hacerse cargo de las dimensiones humanas allí implicadas. Es lo que expresa agudamente Enrique Lihn en su *Diario de muerte*:

Estoy tratando de creer que creo  
 no es el mejor punto de partida  
 pero al menos dudo de mi escepticismo  
 como de una racionalidad sin antecedentes  
 no ha sido para mí, en su larga trayectoria  
 un particular motivo de orgullo.  
 Creer pero lo más lejos posible  
 de la Iglesia católica y romana  
 a años luz del superpapa.<sup>23</sup>

Sin embargo, autores como Ramón Díaz Eterovic en sus novelas policiales (*Nadie sabe más que los muertos* (1993) y *Nunca enamores a un forastero* (1999)) muestran una particular simpatía por representantes de la Iglesia Católica que arriesgaron sus propias vidas a favor de la defensa de los Derechos Humanos durante el período de la dictadura militar en Chile (1973-1990). Por otra parte, en la novela *Stradivarius penitente* (2000), de Alejandra Rojas, la autora denuncia el autoritarismo que ha pesado en el actuar de la Iglesia a lo largo de su historia para imponer su verdad, aplastando a quienes osaran defender una distinta de la de ella. Se detiene en una conversación fictiva entre Giordano Bruno y Galileo Galilei en

<sup>21</sup> GONZALO ROJAS, *Del relámpago*, México, FCE, 1984, 136.

<sup>22</sup> CARLOS DROGUETT, *El compadre*, México, Joaquín Mortiz, 1967, 80-81.

<sup>23</sup> ENRIQUE LIHN, *Diario de muerte*, op. cit., 80.

donde el protagonista Stradivarius escucha cómo el primero reprocha al segundo su falta de audacia para luchar por la verdad que había descubierto:

No, marica. Eras tú el que no creía en Dios y la Vida Eterna. Como *el hombre puso en marcha la revolución de saber*, tienes el lugar que te mereces en la historia. Pero te acordarás, Galileo, te acordarás que fuiste uno de los primeros asesinos de la fe. No por haber dudado de la autoridad de los teólogos, no. Por aceptarla con pleno conocimiento de su error.<sup>24</sup>

De todos modos, por crítica que sea la postura de estos autores respecto a la Iglesia, sus planteamientos expresan el anhelo de prácticas eclesiales que estén de verdad a la altura de las verdades que la Iglesia predica –Dios, Vida Eterna– a la vez que imbuidas de un humanismo olvidado, es decir que sepa traducir en una forma de vida humanamente deseable los valores y creencias que definen al catolicismo.

<sup>24</sup> ALEJANDRA ROJAS, *Stradivarius penitente*, Buenos Aires, Planeta, 1999, 179.